

Cuadernos de cine

Título:
Destruir

Autor/es:
Blanchot, Maurice

Citar como:
Blanchot, M. (1983). Destruir. Cuadernos de cine. (3):19-24.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42550>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La digitalización de este artículo se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



descomposición violado por el film ha quedado oculto al espectador y que quizá este aspecto no ha sido apreciado -no digo apreciado en el sentido de disfrutado-, no ha sido percibido en toda su profundidad, en todo lo que tiene de extraordinario.



DESTRUIR

Maurice Blanchot

Détruire

Maurice Blanchot

Artículo extraído del libro Marguerite Duras

Edit. Albatros - Paris

Traducción: Alberto Villalba

Destruir. Ha correspondido a un libro (¿es "un libro"?, ¿una "película"? ¿lo intermedio entre ambos?) darnos esta palabra como un vocablo desconocido, propuesto por un lenguaje totalmente distinto del que sería la promesa, lenguaje que, quizá, sólo tiene ese vocablo para decir. Pero escucharlo es difícil, para nosotros que formamos siempre parte del viejo mundo. Y, al escucharlo, es aún a nosotros mismos a quienes escuchamos con nuestra necesidad de seguridad, nuestras certidumbres posesivas, nuestros pequeños desagradados, nuestros largos resentimientos. Destruir es entonces, en el mejor de los casos, el consuelo de una desesperación, una consigna que solamente vendría a mitigar en nosotros las amenazas del tiempo.

¿Cómo escucharlo sin servirnos de los vocabularios que un saber, por lo demás legítimo, pone a nuestra disposición? Digámoslo con calma: hay que amar para destruir y quien podría destruir por un puro movimiento de amar no dañaría, no destruiría, sólo daría, dando la inmensidad vacía donde destruir se convierte en una palabra no privativa, no positiva, el vocablo neutro que lleva el deseo neutro. Destruir. No es más que un murmullo. No un término único, glorificado por su unidad, sino un vocablo que se multiplica en un espacio enrarecido y quien lo pronuncia anónimamente, joven figura venida de un lugar sin horizonte, juventud sin edad, con una juventud que le hace muy anciana o demasiado joven para parecer sólo joven. De ese modo, los griegos saludaban en cada adolescente la espera de una palabra de oráculo.

Destruir. Cómo suena esto. Dulcemente, tiernamente; absolutamente. Un vocablo -infinitivo marcado por el infinito sin sujeto. Una obra -la destrucción- que se realiza por el vocablo mismo. Nada que nuestro conocimiento pueda captar de nuevo, sobre todo si espera de ello posibilidades de acción. Es como una claridad en el corazón. Un secreto repentino, fulminante. No es confiado a fin de que, destruyéndose, nos destruya para un porvenir separado para siempre de todo presente.

¿Personajes?. Sí, hay situados personajes, hombres, mujeres, sombras y, sin embargo, son puntos de singularidad, inmóviles, aunque el trayecto de un movimiento en un espa-

cio enrarecido, en el sentido de que casi nada puede suceder ahí, se traza de unos a otros, recorrido múltiple por el que, fijos, no cesan de intercambiarse e, idénticos, de cambiar. Espacio enrarecido que el efecto de rareza tiende a hacer infinito hasta el límite que no le acota.

Seguramente, lo que sucede ahí ocurre en un lugar que podemos nombrar: un hotel, un parque y, más allá, el bosque. No interpretemos. Es un lugar del mundo, de nuestro mundo. Todos hemos vivido ahí. Sin embargo, aunque abierto por todas partes por la Naturaleza, está estrictamente delimitado e incluso cerrado. Sagrado, en el sentido antiguo, separado. Allí, parece, antes de que comience la acción del libro, la interrogación de la película, antes de que la muerte -una cierta manera de morir- haya hecho su trabajo, introduciendo ahí el ocio mortal. Todo está vacío ahí, en falta, con relación a los acontecimientos que parecen producirse ahí: comidas, juegos, sentimientos, palabras, libros que no se escriben, no se leen, e incluso las noches que pertenecen, en su intensidad, a una pasión ya difunta. Nada es cómodo ahí ya que nada puede ser ahí totalmente real, totalmente irreal. Como si la escritura pudiese en escena, sobre un fondo fascinante de ausencia, apariencias de frases, restos de lenguaje, imitaciones de pensamientos, simulaciones de ser. Presencia que no sostiene presencia alguna, aún cuando estuviese por venir, aún cuando fuese pasada. Olvido que no supone nada olvidado y que está separado de toda memoria. Sin certidumbres, jamás. Una palabra, una sola palabra, última o primera, interviene ahí con todo el brillo discreto de una palabra aportada por dioses: destruir. Y aquí cogemos de nuevo la segunda exigencia de ese nuevo vocablo, ya que si hay que amar para destruir, también, antes de destruir, hay que haberse liberado de todo, de sí, de las posibilidades vivas y también de las cosas muertas y mortales, por la muerte misma. Morir, amar: sólo entonces podremos acercarnos a la destrucción capital, la que nos destina la verdad desconocida, extraña (tan neutra como deseable, tan violenta como alejada de todas las potencias agresivas).

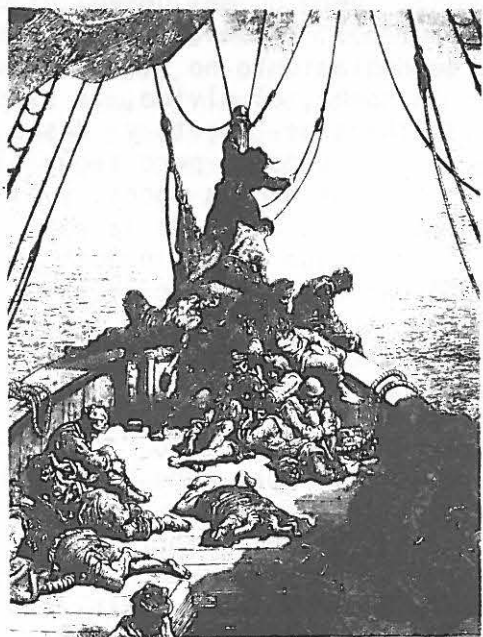
¿De dónde vienen? ¿Quiénes son?. Ciertamente, seres como nosotros. No hay otros en este mundo. Pero, en efecto,

seres radicalmente destruídos ya (de ahí, la alusión al judaísmo), sin embargo tales que, lejos de dejar cicatrices desgraciadas, esta erosión, esta devastación o ese movimiento infinito de morir que es en ellos como el único recuerdo de ellos mismos (en éste con el fulgor de una ausencia por fin revelada, en aquel por la lenta progresión aún incompleta de una duración y, en la joven, por su juventud, pues la joven es puramente destruída por su relación absoluta con la juventud), les ha liberado mediante la dulzura, por la atención al prójimo, el amor no posesivo, no particularizado, no limitado. Liberados por todo esto y por el vocablo singular que llevan uno y otro, habiéndolo recibido de la más joven, la adolescente nocturna, la que, sólo ella, puede "decirlo" con una perfecta verdad: destruir, dice ella.

En ocasiones, ellos evocan misteriosamente lo que podían ser para los antiguos griegos, siempre a su misma altura, tan familiares como ajenos, tan cercanos como lejanos, los dioses. Dioses nuevos, libres de toda divinidad, aún y siempre por venir, aunque surgidos del más antiguo pasado; hombres, por tanto, sólo libres de la torpeza humana, de la verdad humana, pero no del deseo, ni de la locura, que no son rasgos humanos. Dioses, quizá, en su singularidad múltiple, su desdoblamiento no visible, esa relación consigo mismos por la noche, el olvido, la simplicidad compartida de eros y de thanatos. Muerte y deseo, en fin, a nuestro alcance. Sí, los dioses, pero según el enigma no descifrado de Dionysos, los dioses locos, y es una especie de intercambio divino que, antes de la risa final, en la inocencia absoluta a la que nos es preciso acceder, les lleva a designar su joven campiña como la que es loca por esencia, loca allende todo saber de la locura (La misma figura, quizá, que Nietzsche, desde el fondo de su propio extravío, llamaba con el nombre de Ariadna).

Léucade: el brillo del vocablo "destruir", ese vocablo que brilla pero no ilumina, aunque fuese bajo el cielo vacío, siempre asolado por la ausencia de los dioses. Y no pensemos que tal vocablo, ahora que ha sido pronunciado por nosotros, pueda pertenecernos o sernos válido. Si el "bosque" no es nada más, sin misterio ni símbolo, no es nada más que el límite imposible de transgredir, no obstante franqueado siempre como infranqueable, es de

ahí -el lugar sin lugar, el exterior- de donde llega, en el estrépito del silencio (tal era Dionysos, el más tumultuoso, el más silencioso), apartado de toda significación posible, la verdad del vocablo ajeno, extraño. Viene a nosotros, de más lejos, por el inmenso rumor de la música destruída, viniendo, quizá engañosamente, como el inicio también de toda música. Algo, la soberanía misma, desaparece aquí, aparece aquí, sin que podamos decidir entre aparición y desaparición, ni entre el miedo y la esperanza, el deseo y la muerte, el fin y el inicio de los tiempos, entre la verdad del regreso y su locura. No es sólo la música (la belleza) lo que se anuncia como destruído y, sin embargo, renaciente. Es, más misteriosamente, a la destrucción como música a lo que asistimos y en lo que tomamos parte. Más misteriosa y más peligrosamente. El peligro es inmenso, la pena también lo será. ¿Qué será de ese vocablo que destruye?. No lo sabemos. Sólo sabemos que corresponde a cada uno llevarlo, en adelante con la joven compañera inocente, a nuestro lado, la que da y recibe la muerte eternamente.



LE NAVIRE-NIGHT O LA DERIVA

Santos Zunzunegui

